

que una y otra vez venía á deslumbrarle con sus cualidades de lucha por el derecho. Y que tenía fuerza en su espíritu, lo demostraba bien la explosión de por la mañana, promovida por una simple frase incidental, sin que respondiese á una excitación previa de los interesados. Al volver aquí, en el curso de sus meditaciones, Juan quedaba perplejo y recomenzaba la lucha entre las dos inclinaciones que se disputaban su ánimo.

Largo rato vagó así por la llanura, y de pronto se sintió fatigado por el continuo caminar, sin rumbo y sin objeto. Miró á todos lados para darse cuenta del sitio en que se hallaba, y advirtió que había remontado el barranquillo hasta un punto en que los elevados ribazos encajonaban el lecho pedregoso, sembrado de adelfas. El lugar era triste y sombrío. Buscó Juan un sendero para dominar la altura; y ya en ella, se sentó en el borde mismo, de cara al pueblo, cuyas casas destacábanse como manchas blancas y rojas, de contornos interrumpidos por el follaje de la arboleda.

La diafanidad del aire dejaba llegar con pureza extraordinaria el timbre de las campanas, que volteaban alegremente. A él se unió bien pronto el estampido de los petardos; y en cuanto cesó, elevóse tenue y quejumbroso el sonido de la dulzaina, preludivando la Marcha Real.



## XXXI

Caía la tarde, en un crepúsculo prolongado, opalino, que ni una sola nube velaba, cuando Juan llegó á Ronesa. Le pareció oír rumor de muchas voces en el piso alto y estuvo á punto de meterse en su habitación y esperar á que los visitantes marchasen. El largo paseo y el descanso en pleno campo, solitario y tranquilo, le habían aliviado algo la pesadumbre de sus cavilaciones, y quería conservar aquel semiequilibrio el mayor tiempo posible. Pero cuando ya tenía puesta la mano en el picaporte de su alcoba de la planta baja, en aquel momento desierta, sonó arriba el piano con las primeras notas de un concierto de Mendelsshon. Hacía muchos años que Juan no oía aquella música, familiar para él en cierto período de su vida, y se estremeció al escucharla de nuevo, allí, en su casa, donde menos podía esperarlo. El piano era en Ronesa un mueble de lujo. Doña Micaela, que había sido muy aficionada á él, lo tenía abandonado; y

ni Eugenia ni Cristóbal heredaron la afición. Juan, apasionado por la música como la mayoría de los intelectuales, se vió privado de ella en absoluto desde su llegada á Villamar; y con esto, la novedad le pareció más sabrosa y atractiva.

Cambiando de propósito, subió la escalera y se detuvo en la puerta de la sala, sin dejarse ver de los de adentro. Quería oír tranquilamente la música, indeciso todavía en punto á entrar ó marcharse una vez terminada, pero resuelto á no interrumpirla. Y mientras escuchaba, los recuerdos de su juventud se le agolpaban en la memoria, trayéndole nuevamente la visión de personas y escenas que había procurado olvidar con poderoso esfuerzo sobre sí mismo. La impresión de tristeza y de disgusto que al principio le originaban esos recuerdos, habíase trocado, años ha, en un placer melancólico, vago y romántico, de que jamás gozaba en la vigilia, llena de preocupaciones muy diferentes, pero que en sueños solía presentarse á su espíritu, dejando en él un rastro de suave poesía que, alguna vez, se prolongaba en las primeras horas del día siguiente. Desde su llegada á Ronesa, Juan no había experimentado aquel retorno misterioso de ilusiones y tristezas de su juventud; pero ahora la música les daba un relieve extraordinario, evocando á cada momento nuevos pormenores que, de los rincones oscuros de la memoria, iban saliendo á plena luz, pasmando al mismo Juan de que aun existiesen y pudieran mostrarse en primer término.

El piano seguía desarrollando los diferentes tiempos del concierto, cuyas dificultades brillantes atravesaba de vez en cuando la frase melódica, henchida de sentimental poesía, que los espíritus soñadores prefieren y esperan con impaciencia. No era preciso ser muy entendido para estimar que el pianista tocaba con verdadero arte: sobrio, expresivo, dominado por la emoción que de la obra misma emanaba y entregado á ella sin preocuparse del público.

Cuando cesó la música, Juan no pudo contener un movimiento de curiosidad y entró en la sala, donde todo el mundo aplaudía. Isolina, que estaba sentada cerca de la puerta, no le dió tiempo más que para mirar rápidamente hacia el piano, en cuya banqueta le sorprendió ver á la morenita que días antes le había llamado la atención.

— ¡Venga acá, misántropo! — gritó la solterona con su voz aguda, que hizo volver la cabeza á todo el mundo. — ¿Dónde se ha metido usted? ¡Perder la ocasión de oír á una pianista tan notable!

Acudió Juan al llamamiento, después de saludar, con una frase común de cortesía, á las gentes que llenaban la habitación, entre las cuales vió algunas desconocidas para él.

— Si yo hubiera sabido que venían ustedes — dijo sentándose al lado de Isolina — no me hubiese marchado...

— Bueno, déjese usted de cumplidos — interrumpió la solterona. — Vamos á lo importante. ¿Ha oído usted algo del concierto?

— Todo — contestó Juan.

— ¡Ah, vamos, estaba usted escondido!... ¿Y qué le parece?

— Admirable.

— ¡Por supuesto, hombre, por supuesto! Y conste que la cosa es á mí á quien tiene usted que agradecerla. Soy yo quien ha traído á Blanquita.

— Aunque usted no lo dijera... — apuntó Juan.

— ¡Vamos! Está usted de broma. Buena señal — dijo Isolina. — A mí me gusta la gente alegre. Pero, al grano. ¿Me agradece usted ó no que haya traído á Blanquita?

— Desde luego. No podía usted ofrecer cosa mejor á un aficionado á la música.

— Conque á la música, ¿eh? Pues se me figura que la pianista no le parece á usted costal de paja.

— ¡Ya me guardaré yo de comparar con un costal de paja á una señorita!

— ¡Vaya, hoy está usted ocurrente!... Y no quiere usted soltar prenda. Paso por ello; pero acabará usted por hablar, estoy segura.

Juan había seguido la conversación por pura cortesía, procurando desviarla con el tono burlón de sus contestaciones. Al llegar aquí, cortó resueltamente. No sólo le molestaba el asunto, sino que su cerebro estaba, en aquel instante, lleno de imágenes que necesariamente habían de convertir en inoportuna é ingrata toda broma del género de la que intentaba Isolina.

— ¿Quiere usted decirme — preguntó iniciando otro asunto — quiénes son esos visitantes que no conozco?

— Verá usted. Es mi caravana de hoy. Aquel muchachito de bigote y labios gruesos, es Paco Verdú... habrá usted oído hablar de él. Vino el otro día con nosotros, cuando no encontramos á ustedes. El señor de barba blanca que hay á su lado es don Zacarías Roig, un tipo admirable, que se dedica exclusivamente á cobrar su jubilación de empleado y á escribir anónimos á todo el mundo. Los que le conocemos ya no le hacemos caso; pero el éxito de su mala intención es segura en los forasteros. ¡Mucho ojo!

— Advierto un vacío — dijo Juan, — y perdone usted que la interrumpa. ¿Y Amparo?

— No pudo venir con nosotros, porque tiene forasteras. Pero tranquilícese usted; hará todo género de esfuerzos para no perder las danzas de esta noche.

— No, no; ya puede usted figurarse que no me impresiona su ausencia.

— ¡Ingrato! Sepa usted que ella tiene gran simpatía hacia usted. Dice que quiere convertirle... Y espere, espere. En nombrando al ruin de Roma... Apuesto algo á que es ella.

Oíase el ruido de un carruaje que se acercaba á la casa. Eugenia, que estaba cerca de una de las ventanas, se asomó y dijo en seguida:

— ¡Amparo!

— ¿Viene sola? — preguntó Isolina.

— No — contestó Eugenia. — Trae gente.

Se produjo algún movimiento entre los que había en la sala. Isolina fué de las primeras en aso-

marse, picada por la curiosidad. Juan la siguió y pudo ver que se detenía en la explanada una jardinera cerrada por cortinas blancas.

— Es la jardinera de Llorca — dijo al punto Isolina. — Vendrá también Ramoncito.

Bajó éste, en efecto, y tras él una señora joven que, instintivamente, miró hacia las ventanas. Su rostro aniñado y gracioso, de expresión un poco dura y mirar hondo y severo, se coloreó vivamente al sentir sobre sí la curiosidad impertinente de tanta cara desconocida; pero al momento palideció de una manera tan intensa, que el contraste fué advertido y extrañado por todos.

— ¿Qué le pasa á esa mujer? — pensó Isolina. — ¿Se ha puesto enferma?

Pero ya Amparo saludaba á gritos á los mirones y cogía del brazo á la desconocida para entrar en la casa.

— ¡Ya habrá usted descansado, amigo! — exclamó Isolina volviendo la cabeza para mirar á Juan y continuar la broma.

Pero Juan ya no estaba allí.

■■■■■■■■■■

## XXXII

Don Vicente se había llevado al jardín á varios de los visitantes y allí, cómodamente sentados en las mecedoras y sillas rústicas del cenador, estuvieron charlando y oyendo la música, que, con algunas lagunas en los pianísimos, llegaba con toda claridad. Cuando cerró la noche, abandonaron el sitio y volvieron á la casa, unos para despedirse, otros para continuar en Ronesa hasta la hora de las danzas. Al pasar por la explanada, le pareció á don Vicente que había luz en el cuarto de Juan.

— Ya está ahí ese muchacho — se dijo. — Voy á ver.

Pidió venia á sus acompañantes y entró. Juan se paseaba por la inmensa alcoba, alumbrada por una sola bujía que daba un tono tristón á los objetos próximos y proyectaba grandes sombras en los extremos.

— ¿Cómo estás? — preguntó don Vicente.

— Bien, tío.